



## Cuadernos LIRICO

Revista de la red interuniversitaria de estudios sobre las literaturas rioplatenses contemporáneas en Francia

**4 | 2008**  
**Quimeras**

---

# La mariposa en el sombrero. Las ciencias naturales en la literatura argentina de fines del siglo XIX

Sandra Gasparini

---



### Edición electrónica

URL: <http://journals.openedition.org/lirico/450>

DOI: 10.4000/lirico.450

ISSN: 2262-8339

### Editor

Réseau interuniversitaire d'étude des littératures contemporaines du Río de la Plata

### Edición impresa

Fecha de publicación: 1 enero 2008

Paginación: 35-47

ISBN: 2-9525448-3-2

ISSN: 2263-2158

### Referencia electrónica

Sandra Gasparini, « La mariposa en el sombrero. Las ciencias naturales en la literatura argentina de fines del siglo XIX », *Cahiers de LIRICO* [En línea], 4 | 2008, Puesto en línea el 01 julio 2012, consultado el 20 abril 2019. URL : <http://journals.openedition.org/lirico/450> ; DOI : 10.4000/lirico.450

---



Cuadernos LIRICO está distribuido bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional.

# **La mariposa en el sombrero. Las ciencias naturales en la literatura argentina de fines del siglo XIX**

**SANDRA GASPARINI**  
*Universidad de Buenos Aires*

**M**iguel de Asúa recuerda que «si la astronomía y la física fueron, desde el punto de vista científico, el producto más espectacular del siglo XVII, lo mismo puede decirse de la biología y la geología en el siglo XIX»<sup>1</sup>. Motor del «progreso indefinido» y del optimismo y pesimismo decimonónicos, la ciencia y su discurso impregnaron saberes y prácticas, transformándolos profundamente.

El caso de las ciencias naturales, protagonistas de este período en que se instalaron nuevos paradigmas, se realizaron importantes hallazgos arqueológicos y geológicos, se clasificaron infinidad de especies animales y vegetales provenientes del saqueo a las colonias y de la exploración de los territorios de las nuevas naciones americanas, es de especial interés para la literatura argentina de las décadas de 1870-1880. Junto con las teorías científico-médicas que se entramaron en una red de textos de ese período, constituyen un segmento significativo de los saberes que animaron la polifonía de numerosas narraciones ficcionales.

En el proceso de modernización que comienza en la década de 1870 y que había tenido como propulsor, en la anterior, a Sarmiento, el científico ocupa un lugar central. Hacia 1875, tres grandes naturalistas aparecen en escena: Florentino Ameghino, que recibe un premio de la Sociedad Científica Argentina, Eduardo L. Holmberg, quien ya había realizado excursiones a territorios patagónicos y publica entonces dos novelas fundacionales, y Francisco P. Moreno, que está organizando su

---

<sup>1</sup> M. de Asúa, *Ciencia y literatura. Un relato histórico*, Buenos Aires, EUDEBA, 2004, p. 127.

primer museo.<sup>2</sup> Y esa escena, que se proyecta hacia 1880, se transforma a partir de intervenciones en la prensa, en las instituciones científicas y educativas.

Irina Podgorny<sup>3</sup> ya ha señalado el «carácter colectivo y asociacionista» de las prácticas ligadas al conocimiento de la naturaleza en el ámbito rioplatense decimonónico: la fundación de los primeros museos exhibe tempranamente el peso de la administración burocrática moldeando el conocimiento de la naturaleza. La figura del zoólogo prusiano Karl Hermann Konrad Burmeister<sup>4</sup> representa, según la investigadora, el caso contrario, al negar la tradición asociacionista y construirse como máxima autoridad científica en el país. Este modelo de naturalista, parodiado en algunas ficciones de los 70, servirá como enlace narrativo entre ciencia, política y literatura, desde que concentra en su fuerza simbólica el ensayo de modos de intervención en lectores cada vez más ávidos de información sobre nuevas tecnologías, tierras de reciente exploración por los estados en formación y novedades de índole diversa.<sup>5</sup>

<sup>2</sup> José Babini señala que éstos «Son los primeros frutos de nuestra organización científica paralela a la organización nacional y los primeros resultados de una política de injerto cultural» (p. 38). Ver «Breve historia de la ciencia argentina», en M. de Asúa (compilación e introducción), *La ciencia en la Argentina. Perspectivas históricas*, Buenos Aires, CEAL, 1993. Para una aproximación histórica más completa, ver J. Babini, *Historia de la ciencia en la Argentina*, Buenos Aires, Solar, 1986.

<sup>3</sup> I. Podgorny, «La conciencia de una tradición», prólogo a P. Navarro Floria, (comp), *Patagonia. Ciencia y conquista. La mirada de la primera comunidad científica argentina*, Neuquén, Centro de Estudios Patagónicos, Universidad Nacional del Comahue, 2004.

<sup>4</sup> Aunque había recorrido anteriormente el territorio argentino, en 1862 con Mitre como gobernador y Sarmiento como Ministro de Educación, Burmeister se hizo cargo del Museo Público de Buenos Aires. Hacia 1870, Sarmiento, ya en la presidencia, le encargó la organización de la Academia Nacional de Ciencias de Córdoba. Ver, sobre el naturalista, C. Mantegari, *Germán Burmeister. La institucionalización científica en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, J. Baudino Ediciones/UNSAM, 2003.

<sup>5</sup> La renovación preside muchos ámbitos de la vida cotidiana en los 70. Susana V. García ha estudiado el modo en que la enseñanza de las ciencias naturales en la Argentina incorpora, entre 1870 y 1920, una cantidad de novedades en dispositivos visuales (láminas, paisajes, mapas murales) acompañados más tarde de manuales con descripciones e instrucciones para los docentes, además de la instrumentación de «“cajas enciclopédicas”», formadas por colecciones de objetos naturales y sus derivados industriales» (p. 178). Ver S. V. García, «Museos escolares, colecciones y la enseñanza elemental de las ciencias naturales en la Argentina de fines del siglo XIX», en *História, Ciências, Saúde*, Manguinhos, Rio de Janeiro, vol. 14, n° 1, pp. 173-196, ene.-mar. 2007, disponible en <http://www.scielo.br/pdf/hcsm/v14n1/09.pdf>.

Hay dos fuerzas que se disputan el poder en este campo en paulatina consolidación, articuladas textualmente alrededor de nuevos y viejos paradigmas y metodologías. Una decisión riesgosa y provocadora muestra claramente esta cuestión: en 1877 la Sociedad Científica Argentina integrada, entre otros, por Estanislao Zeballos, propone a Darwin como socio honorario de la institución, hecho que genera debates internos y renuncias, lo cual se explica si se tiene en cuenta que recién un año más tarde el naturalista será aceptado en París por la Académie des Sciences.<sup>6</sup>

### El poder de los mundos imaginarios

Resulta significativo que sea la ficción la que postule, condensando referentes históricos y modelos imaginados en la construcción de algunos personajes, el lugar que deberán ocupar los nuevos actores del proceso modernizador hacia mediados de los setenta. En *Dos partidos en lucha (fantasía científica)*, de 1875, Holmberg<sup>7</sup> cifrará, básicamente, en dos personajes, agonistas de la etapa en marcha, el bosquejo de los cambios progresivos que asume la institucionalización de la ciencia: Pascasio Grifritz (darwinista) y Francisco P. Paleolítez (rabianista, partidario de Timoteo Rabian, asociado al antitransformismo en la novela) con su ayudante, Juan Estaca, creados a partir de la combinación de diversas figuras del ámbito científico contemporáneo al texto.<sup>8</sup> Aunque, por varios motivos, no es posible establecer una relación especular entre

<sup>6</sup> Ver, sobre este tema y sobre el nombramiento de Darwin como socio honorario de la Academia Nacional de Ciencias (Córdoba), M. Montserrat, «La mentalidad evolucionista: una ideología del progreso», en *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.

<sup>7</sup> La vida pública de E. L. Holmberg se repartió entre la enseñanza de Historia Natural en prestigiosas escuelas normales, su estrecha relación con el mundo científico académico de la Universidad de Córdoba y de la Universidad de Buenos Aires, los viajes científicos encargados por el Estado nacional dentro del territorio argentino y una importante producción literaria, científica y periodística que casi no ha llegado hasta nuestros días por hallarse dispersa en folletos y publicaciones periódicas de su tiempo. Ver, para mayor información, L. Holmberg, *Holmberg. El último enciclopedista*, Buenos Aires, edición del autor, 1952 y H. C. Reggini, *Eduardo Ladislao Holmberg y la Academia. Vida y obra*, Buenos Aires, Galápagos, 2007.

<sup>8</sup> Estos son los «dos partidos en lucha» que atraviesan la trama de la novela, superpuestos a los de la revolución del 74, en la que Bartolomé Mitre fue vencido por las tropas del gobierno saliente (Sarmiento-Alsina). Hago una lectura del referente histórico en «Una fantasía de Darwin», prólogo a E. L. Holmberg, *Dos partidos en lucha (fantasía científica)*, Buenos Aires, Corregidor, 2005. Introducción y selección de apéndices de S. Gasparini. Todas las citas del texto de Holmberg se hacen por esta edición.

estos personajes y sus posibles «originales» en la realidad, Marcelo Montserrat ha propuesto algunos nombres: «Francisco P. apunta hacia Moreno, Pascasio Grifritz apunta al segundo nombre de Moreno y lo combina con un apellido al estilo Kannitz, y Juan Estaca encubre a Ramorino o a un probable militar de apellido Madera» (p. 220).<sup>9</sup> Una operación similar realiza más adelante Holmberg en la construcción del zoólogo Burbullus, excéntrico personaje central de *El tipo más original* (1878-1879), folletín en el que interviene sobre todo la figura histórica de Burmeister y la de su discípulo y colaborador, el curlandés Carlos Berg.<sup>10</sup>

La audacia del texto es la sugerencia de un papel rector del científico y del cientificismo en una sociedad que se sacude lentamente las tradiciones católicas. A partir de esta disputa por la instauración de un nuevo paradigma, *Dos partidos en lucha* presenta el rompecabezas de la imagen de científico futuro que el lector deberá componer para asomarse a la modernidad. Las claves proporcionadas son claras: Paleolítez es, como su nombre lo indica, arcaico pero respetable. Parafraseando a un Burmeister que luego aparece como personaje histórico ficcionalizado, plantea que el darwinismo es un «disparate, una fantasía de Darwin». Los rabianistas «inventaríamos la naturaleza» (p. 56), afirma sin sospechar el guiño paródico de su declaración hacia el lector. Sin embargo, Paleolítez es para Grifritz un rival a su altura. No ocurre lo mismo con Estaca, personaje caricaturesco que «es tan *estaca* como su nombre». Su enciclopedismo es considerado tan inútil que se prefiere la inexistencia de las flores a su fosilizante descripción científica. Finalmente, en Grifritz, aunque es argentino, resuena lo germano y una matriz que en las ficciones de Holmberg será muy productiva<sup>11</sup>. Conjuga, además de su capacidad para llevar a cabo el método experimental y estar al tanto de todas las novedades e incorporarlas, el hecho de ser «un gran artista y un gran poeta». Estas últimas capacidades alcanzarán el grotesco en el profesor Burbullus de *El tipo más original*, que seguramente se comenzó a escribir en 1875.

<sup>9</sup> En M. Montserrat (comp.), *La ciencia en la Argentina de entre siglos. Textos, contextos e instituciones*, Buenos Aires, Manantial, 2000. Sobre el apellido Kannitz, ver nota 15, p. 6.

<sup>10</sup> Ver posfacio a E. L. Holmberg, *El tipo más original y otras páginas*, Buenos Aires, Simurg, 2001. Edición, notas y posfacio de S. Gasparini y C. Roman. Todas las citas del texto de Holmberg se hacen por esta edición.

<sup>11</sup> Ver nota 15, p. 6.

Burmeister aparece fuera de la tríada, pero integrándola por desplazamiento de significados en Paleolítez y en Timoteo Rabian, oscuro representante del antitransformismo. Lo monstruoso asoma, no obstante, asociado al aura del científico nuevo (tan excéntrico en su figura que el narrador, al ver por primera vez a Grifritz, pregunta «¿quién es el tipo aquél?», p. 23). A los ojos legos, los signos del saber son traducidos en clave grotesca. No ocurre lo mismo con los partidarios de Rabian, ridiculizados sostenidamente en su sociabilidad, ideas y léxico.

En *Dos partidos en lucha*, leída como ensayo y no como novela por sus contemporáneos,<sup>12</sup> los modos de circulación de la nueva y vieja verdad científica, su relación con el poder, los espacios adecuados para la experimentación, eje del método de impronta positivista, la sociabilidad oficial y subterránea vinculada al tema, son sometidos a una minuciosa *clasificación*, muy al gusto de un naturalista. La circulación del saber científico por medio de boletines, folletos y congresos (para lo cual el texto quiere formar un público), las colecciones, los museos y el laboratorio son desplegados ante los ojos del lector buscando un grado de familiaridad cercano a la complicidad. También aparecen planteadas alternativas a los canales oficiales por los que se desarrolla la investigación científica: desde el laboratorio-museo subterráneo de Grifritz triunfa el darwinismo, que aún no es aprobado mayoritariamente, pero luego se instalará en la pequeña comunidad científica.

La operación literaria de la fantasía científica apunta a encarar la constitución de un público dispuesto a aceptar los cambios. El género que rotula la novela funciona más como coartada con el fin de instalar una discusión desde la ficción para después llevarla a la conferencia o la discusión entre académicos que como una «clasificación» literaria.<sup>13</sup>

### La tarea del traductor

Es posible que plumas como las de D. Eugenio de Ochoa, hagan de un bello trabajo extranjero, una bella obra española. Concedido. Pero se olvida que la tarea del traductor alcanza más allá, que no sólo se trata

<sup>12</sup> M. Cané, «Dos partidos en lucha (fantasía científica), por Eduardo L. Holmberg», publicado originalmente en *La Nación*, 29 de febrero de 1876, y reproducido en Holmberg, *Dos partidos en lucha (fantasía científica)*, *op. cit.*

<sup>13</sup> Sobre el problema del género fantasía científica, ver S. Gasparini, «La fantasía científica: un género moderno», en A. Laera (dir.), *El brote de los géneros*, vol. 3 de N. Jitrik (dir.), *Historia crítica de la literatura argentina*, Buenos Aires, Emecé, en prensa.

de dar á conocer las ideas de otro autor, sino también, su estilo», Carlos Olivera, «Al lector», Edgar Poe, *Novelas y cuentos*, 1884.<sup>14</sup>

La traducción es una práctica que, al finalizar la década de 1870, involucra, fundamentalmente, la voluntad de llenar un vacío nacional de nombres nuevos para géneros que se requieren renovados. La experimentación con la fantasía científica y el policial tienen lugar en esta época, así como también las primeras traducciones locales de Poe y Gautier. No se trata meramente de traducir una lengua sino de apropiarse de temas y formas para reescribirlos en función de otras necesidades y otras interacciones entre autores y lectores.

Dos escenas de traducción permiten pensar, en su carácter de concentrado, la relación entre literatura y ciencias naturales, revelando la tensión entre dos textualidades que se realimentan permanentemente y colocando a sus protagonistas en una posición crítica frente al medio en el que actúan.

La primera, narrada en *Dos partidos en lucha*, es la traducción en voz alta de una carta seguida de la «resurrección» de una planta, una sensitiva que, en 1820, había despachado en una caja Bonpland para ser enviada a Humboldt. La segunda, es la traducción, también frente a un oyente, de un manuscrito en sánscrito que narra los orígenes alienígenos de la humanidad en «De un mundo a otro», de Carlos Monsalve.

### **La mística de la ciencia: de la resurrección al experimento**

Ladislao Kaillitz<sup>15</sup>, personaje recurrente de las ficciones de Holmberg, hace su primera aparición en la serie en *Dos partidos en lucha*. Aprendiz de naturalista, candidato a ayudante de «sabio», ingresa finalmente a la morada de «Pascasio Grifritz, darwinista», según lo presenta, al

<sup>14</sup> C. Olivera, escritor, periodista y funcionario público (Buenos Aires, 1854-1910) fue el primer traductor de Poe en Argentina. Publicó la traducción al castellano de varios de sus relatos (Edgar Poe, *Novelas y cuentos*, París, Garnier, 1884) y también tradujo cuentos de T. Gautier. Sobre el tema, ver A. Castro, «Edgar A. Poe en castellano y sus reescritores: el caso de “The Oval Portrait”», en A. Castro, A. M. Morales y J. M. Sardiñas (eds.), *Anales Nueva Época. Lo fantástico: Norte y Sur*, Nos. 11/12 (2008), Göteborg, Instituto Iberoamericano, Suecia, en prensa.

<sup>15</sup> El nombre «Ladislao» es el segundo del autor, utilizado probablemente para diferenciarse de su abuelo y de su padre (ambos también se llamaban «Eduardo»). Kaillitz, está armado sobre la reconstrucción de apellidos familiares (Kaillitz/Kannitz/Kaulitz) que alternativamente Holmberg ha usado como seudónimos o apelativos de narradores de sus relatos.

uso de las clasificaciones botánicas o zoológicas, el propio narrador. La excusa para visitar al «sabio» es regalarle algunos objetos hallados en una expedición por la Patagonia realizada por Kaillitz, quien por razones que no revela, prefiere no donarlos al Museo Público.

Holmberg utiliza recursos asociados a la «sensibilidad decadente» que solía incluir Verne en sus novelas de anticipación<sup>16</sup> (Grifritz vive en un museo-biblioteca subterráneo, aislado del mundo exterior, en tinieblas, al que se accede por una escalera oculta), haciendo convivir el detalle gótico con el laboratorio de la ciencia experimental. Cuando Kaillitz se lamenta por ver tantos vegetales «muertos» conservados en herbarios, es cuestionado por el anfitrión, el cual promete probar que puede revivir una sensitiva «desezada» cincuenta años atrás por Bonpland, quien la había enviado a Humboldt<sup>17</sup> en una caja, según consta en una carta fechada por el francés en Corrientes. El involuntario ayudante es instado a leer este texto-reliquia: «Lea Ud. Traduciendo», le indica Grifritz. La escena de lectura, seguida del misterioso «experimento», cuyo desarrollo no es revelado en su totalidad ni a Kaillitz ni al lector, da como resultado, una hora después, el reverdecimiento de la «Mimosa púdica», ahora «Fénix», «Lázaro vegetal» que «dormía con el sueño de la vida» (p. 89). Se traduce del francés al castellano y de la alquimia al método experimental.

La «resurrección» de la sensitiva, escena que evoca la «palingenesia de las plantas»<sup>18</sup> atribuida al jesuita alemán Atanasio Kircher –y narrada

<sup>16</sup> C. Abraham, «Visiones futuras en el fin de siglo: la sensibilidad decadente y la dialéctica progreso/decadencia en la ciencia ficción de finales del siglo XIX», en *Estudios sobre literatura fantástica*, Buenos Aires, Quadrata, 2006.

<sup>17</sup> La ficcionalización de personajes históricos, que alcanza también a otros científicos como Richard Owen, Burmeister o Darwin, contribuye a crear una ilusión de realidad aún mayor y a establecer jerarquías en las que se disputan el rol principal los personajes de ficción, que quieren imponer su modelo nuevo o caduco, con los personajes ficcionalizados, cuyas declaraciones y actividades, recreadas en la novela, son básicamente conocidas por el lector porteño y funcionan como soporte simbólico de cada uno de los dos «partidos». Sobre Aimée Bonpland, Holmberg insertará una biografía miniaturizada en *Viaje a Misiones* (1887), libro del viaje científico a esa provincia argentina, encargado por la Academia Nacional de Ciencias. Los protagonistas de algunas de estas biografías son científicos extranjeros radicados en el país que no han podido contra la «incuria» local, como Bonpland o el joven Moisés Bertoni.

<sup>18</sup> Eliphas Levi explica este fenómeno como el momento en «el cual una planta viva se hace aparecer en un vaso que contiene cenizas de la misma planta muerta hace mucho tiempo», p. 215, E. Levi (A. L. Constant), *Historia de la magia*, Buenos Aires, Editorial Kier, 1988. Versión española de H. V. Morel, tercera edición. En la novela se sugiere esta



en *La alquimia y los alquimistas* (1860), cuyo autor, Louis Figuier, es citado en la novela—, combina los pasos del método experimental con la iluminación de la magia, de lo revelado a unos pocos. Y es que Grifritz profesa el darwinismo como si fuera una doctrina, una fe, tal como el positivismo comtiano había devenido religión. Es, de alguna manera, un iniciado: «Sirvo una doctrina científica: *el darwinismo*. Tarde o temprano llegará a ser una doctrina política y necesito cierto misterio en mi conducta» (p. 89, cursivas del texto). Bordeando la nigromancia y la alquimia (como ocurrirá en «Viola acherontia», de Leopoldo Lugones, 1899) se llega a la ciencia que, junto con el espiritismo, doctrina y práctica de creciente popularidad en la década, se confunden en los experimentos del virtual mago. En la conjugación de diversos matices, Grifritz es «el más sabio de todos los nigromantes y el más nigromante de todos los sabios» (del mismo modo que, en *El tipo más original*, no se sabe si Burbullus es un «loco sabio» o un «sabio loco»). El efecto de desplazamiento y cruce logrado por el quiasmo se anticipa en el sumario del capítulo V («Las maravillas de un naturalista. Resurrección de una sensitiva») y delinea un nuevo modo de estudiar la naturaleza: lo «maravilloso» de la ciencia es, en el texto, la hipótesis aún no aceptada por las instituciones científicas. La ambigüedad señala la imposibilidad de definir claramente, aún, el perfil del particular tipo de científico que se está gestando, intuición que se verbaliza en las palabras de Grifritz ya citadas. De todos modos, este nuevo sujeto social se diferencia, sin dudas, del pueblo, «incapaz de penetrar ciertos misterios».

Pero los ayudantes superan al viejo modelo. Las escenas de traducción (de traslación e interpretación) dramatizan ese imperativo de la modernidad: habrá que pasar del aislamiento y el coleccionismo a la exhibición pública, del trabajo en el laboratorio por la gloria individual al higienismo.<sup>19</sup> Grifritz pone a prueba a su futuro ayudante: para estar a la orden del día en la Argentina moderna que se está gestando debe conocer las lenguas en las que la ciencia se escribe en las metrópolis

---

asociación cuando Kaillitz pregunta a Grifritz «¿por qué es necesaria esa temperatura para que se produzca esta extraordinaria *palingenesia*?» (p. 87, cursivas mías).

<sup>19</sup> Gabriela Nouzeilles afirma que «El higienismo se concibió a sí mismo en relación directa con la autoridad pública y sus prerrogativas. El reestablecimiento de la salud sería sólo una de sus múltiples funciones. Su obsesión central era más bien prevenir la enfermedad. Dentro de su programa preventivo, lo biológico excedió los límites de su definición tradicional hasta llegar a cubrir todas las facetas de la vida física y moral» (p. 37). Ver G. Nouzeilles, *Ficciones somáticas. Naturalismo, nacionalismo y políticas médicas del cuerpo (Argentina 1880-1910)*, Buenos Aires, Beatriz Viterbo, 2000.

europeas. Le dice que estudie, que él será su maestro: «He estudiado y soy darwinista», anticipa inmediatamente desde el mediado presente de la escritura el narrador. El caso del Dr. Pánax y su ayudante, en el cuento de Monsalve, adquiere otros matices.

### Carne de mamuth y vino añejo de Pompeya

En «De un mundo a otro»<sup>20</sup>, la excentricidad es también una de las características del Dr. Pánax, «sabio» cuya sabiduría aparece sospechada, como en las ficciones de Holmberg, de locura. Esta combinación tiene una tradición en la cultura y muchas veces va unida a una ausencia de «ética científica». Josefina Ludmer la ha leído también en Lugones y Quiroga.<sup>21</sup>

Una urna que contiene un manuscrito en sánscrito funciona como motor de la narración que hace el ayudante del científico. La traducción del arcaico texto de Adima, padre alienígena de la humanidad<sup>22</sup>, dictada durante horas por el narrador al Dr. Pánax, es pagada previamente por el sabio, en un simulacro de caverna de la edad de piedra, con un «banquete fósil» (carne de «manmuth» y vino extraído de un cántaro encontrado en Pompeya) «que envidiarán todas las sociedades antropológicas y arqueológicas del mundo» (p. 51). La escena «prehistórica», lograda a través de la simple regulación de la temperatura en un recinto secreto de la casa-laboratorio de Pánax, pone en ridículo la figura del científico —cuya desvinculación absoluta del mundo cotidiano se ha venido preparando desde el comienzo— y cobra los ribetes grotescos del misántropo profesor Burbullus de Holmberg. La ironía del narrador subraya la extravagancia del doctor pero, además, juega a poner en duda la legitimidad de las creencias judeocristianas: claro está, de todos modos, que «la sabiduría y la locura son tan opuestas como la luz y la sombra; mas, con frecuencia, la una acompaña a la otra» (p. 64), por lo

<sup>20</sup> Publicado en *Páginas literarias*, Buenos Aires, Imprenta de Ostwald y Martínez, 1881 y reeditado en vida del autor en C. Monsalve, *Juvenilia*, Buenos Aires, El Diario, 1884.

<sup>21</sup> Ver el capítulo «Cuentos de operaciones de transmutación» en J. Ludmer, *El cuerpo del delito. Un manual*, Buenos Aires, Perfil, 1999.

<sup>22</sup> Monsalve (Buenos Aires, 1859-1940, escritor y funcionario público) pone en juego en este punto elementos que, según Haydeé Flesca, «anuncian el modernismo, tales como la ubicación en lejanos países orientales, la idea hindú de la reencarnación y la teoría ocultista de que la población de este mundo fue realizada por hombres de otro planeta» (ver H. Flesca, *Antología de literatura fantástica argentina: I. Narradores del siglo XIX*, selección, estudio preliminar y notas, Buenos Aires, Kapelusz, 1970, p. 186).

que la autenticidad del hallazgo queda en entredicho. Monsalve recupera además, en clave paródica, la temática del género conocido como «ficción prehistórica», que comenzó a conocerse en Europa a fines de la década de 1850 pero fue popular al concluir el siglo. De la prehistoria al siglo de los adelantos tecnológicos, del centro a la periferia, de un mundo a otro, los hallazgos arqueológicos ponen en duda los orígenes de la humanidad tal como fueron contados hasta entonces.

### Escena con mariposas

Así como el dogmatismo, la afectación y la pedantería caracterizan al científico obsoleto, la marca del nuevo parece condensarse en la imagen de la «casaca del naturalista», especie de práctico equipaje intelectual que incluye biblioteca y laboratorio ambulantes y que connota eficazmente la ciencia en movimiento.<sup>23</sup> Las expediciones científicas habían marcado un ritmo ajetreado a su vida cotidiana, desarrollada entre el corto descanso del regreso del viaje, la escritura de la memoria y la experimentación en el laboratorio. Con una escena que dramatiza esta situación se abre, precisamente, «La bolsa de huesos» (1896), *nouvelle* de Holmberg.

Pero el pasaje entre una metodología más amateur y otra vinculada al método experimental y a la aceleración que impone la modernidad aparece perfectamente señalado en una escena de *El tipo más original*.

Una helada pero radiante mañana en Curlandia, escenario del folletín, el profesor Burbullus y su visitante, el naturalista Ladislao Kaillitz (aquí ocultando su identidad), son sorprendidos en su paseo por una mariposa, una «especie desconocida de Lepidóptero» que el sabio intenta cazar con el «recurso del sombrero», a falta de red y de caja. La ocurrencia, que deja al insecto entre su cabeza y la copa, desencadena una perorata del profesor sobre la necesidad de improvisar en estos casos, lo cual desata la risa en su joven interlocutor y pone de relieve, en la parodia

<sup>23</sup> En *From Faust to Strangelove. Representations of the Scientist in Western Literature* (Baltimore and London, Johns Hopkins UP, 1994), Roslynn D. Haynes señala que es Charles Kingsley quien, en Tom Thurnall, héroe de su novela *Two Years Ago* (1857) delinea el primer científico investigador en medicina de la literatura, siempre listo con su microscopio y equipo de recolección, impulsor de las virtudes de la experiencia como base del método científico (p. 109). El sintagma «casaca de naturalista» aparece en las «Dos palabras» que abren la novela, firmadas por «Eduardo Ladislao Holmberg», quien se incluye como personaje. Ver *Dos partidos en lucha*, op. cit., p. 43.

del modelo «real» (Burmeister + Berg), la crueldad que promueve la experimentación científica toda:

-Pobrecita, ¿eh? Apenas has tenido tiempo para darte cuenta de lo que te ha pasado [...] te voy a matar, eh? ¿Cómo quieres que te mate? ¿Te pincho primero el tórax y luego te hecho benzina, o quieres que te eche benzina primero? [...] ¿O quieres que ya medio muerta de hambre te pinche y te ahogue con la esencia y de ese modo sufrirás tres tormentos? (p. 82)<sup>24</sup>

Además de señalar un momento de transición entre dos metodologías, la escena revela la tensión entre dos líneas de fuerza en la escritura de ficciones en Holmberg, en clara sintonía con el pensamiento positivista. Precedida de una reflexión de Burbullus sobre un poema suyo («La Ondina del Windau») que se leerá algunos números después en el folletín, donde despliega una exaltación poética de la mariposa, el suceso condensa un recurrente planteo de Holmberg sobre dos poderes, el de la ciencia y el del lenguaje poético, capaces de lograr la transcendencia del ser humano o condenarlo a la mediocridad. Como poeta y como científico, Burbullus es anacrónico: su estética es la de los primeros románticos en plena década de 1870 y su antitransformismo lo señala como una rémora del pasado, un espécimen en vías de extinción. El futuro de la ciencia y de la literatura se construye, en cambio, con los brazos de los «subalternos de los naturalistas»: los jóvenes ayudantes que cursan en una universidad que se quiere renovar, que discuten a sus maestros y que leen lo que los canales habituales de la cultura letrada les niega, como ocurre con el propio Holmberg y su amigo y colega José María Ramos Mejía. En *El tipo más original* hay una conspiración contra los sabios «oficiales» cuyo resultado final se ignora (la novela quedó inconclusa), pero está en marcha y se propone derribar las jerarquías estatuidas.

Las consideraciones de Holmberg sobre ciencia y literatura, que recuerdan las del filósofo alemán Dilthey («seguir el camino de la ciencia de modo que termine por conducir a la poesía»)<sup>25</sup>, remiten al cruce de saberes científicos y pseudocientíficos que, integrados en la trama de sus ficciones buscan sorprender y conmover para intervenir en debates que involucran políticas educativas y científicas en el filo de los 80.

<sup>24</sup> E. L. Holmberg, *El tipo más original y otras páginas*, op. cit.

<sup>25</sup> Ver W. Lепенies, *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994, p. 229.

Así como en muchos relatos contemporáneos y de la década del 80 los médicos se debaten entre apoyar el materialismo o el espiritismo (el Doctor Whüntz del cuento homónimo de Luis V. Varela, por ejemplo) o explicar racionalmente, sin éxito, hechos extraños («El ramito de romero», de Eduarda Mansilla; «Los muertos a hora fija», de Carlos Olivera, entre otros), otros *nuevos* sujetos que se construyen desde narraciones literarias, como el naturalista (o el reporter, desde sus crónicas) exhiben, en sus vaivenes políticos e ideológicos, sus dudas y sus devaneos éticos un complejo mapa de las relaciones entre ciencia y literatura que comenzará a crecer hacia el siglo XX. La divulgación científica, repartida en manuales escolares, crónicas periodísticas y bibliografía específica encargada por organismos gubernamentales a autores prestigiosos<sup>26</sup> funcionó como contrapeso de esas ficciones que anunciaban e interactuaban con los profundos cambios sufridos por los centros urbanos del país.

### Final entomológico

En su biografía de Burmeister, Max Birabén reproduce una anécdota en la que el zoólogo es protagonista de un suceso que le ha parecido digno de ser recordado. Durante una expedición científica por la Argentina, el sabio se bajó de su carro para capturar una «Cassida» (especie de escarabajo) que se había posado en la cabeza de uno de los gauchos presentes, circunstancia que fue recibida por el grupo con «una sonora carcajada»<sup>27</sup>. La escena alerta por lo menos sobre la imposibilidad del científico extranjero de integrarse naturalmente en el medio en el que deberá trabajar, sin el material adecuado y con poco conocimiento del campo. De hecho, Burmeister pide como ayudantes a científicos extranjeros. Se define aquí nuevamente una oposición que ha sido construida en buena parte de la literatura argentina del siglo XIX: la de los gauchos y los letrados, la del lego y el académico. Pero también queda en claro el señalamiento que algunas fantasías científicas contemporáneas hacían: el sabio, aislado en su museo subterráneo, escribiendo

<sup>26</sup> Como ejemplo, baste señalar la publicación que el entonces ministro de Instrucción Pública, Joaquín V. González, ordenó imprimir por decreto en 1905, una suerte de compendio del aprendiz de naturalista en un lenguaje accesible para una amplia gama de lectores. Ver E. L. Holmberg, *El joven coleccionista de Historia Natural en la República Argentina*, Buenos Aires, Talleres Gráficos de la Penitenciaría Nacional, 1905.

<sup>27</sup> M. Birabén, *Germán Burmeister. Su vida y su obra*, Buenos Aires, E.C.A., 1968, p. 52. Sobre los gauchos, Burmeister escribió en *Viaje a los Estados del Plata, con referencia especial a la constitución física y el estado de cultura de la República Argentina* (1860).

en alemán, francés o en un lenguaje técnico, no es recuperable para el proyecto de nación deseada hacia los 80, que necesita incorporar nuevos actores/lectores recientemente alfabetizados. La «sonora carcajada» es la estrategia de la que hacen uso, por la ironía y la parodia, las ficciones que quieren intervenir en un proceso que ya está en marcha, el de la modernización.